

IV

Los nacimientos

A los dos meses de estancia en España, Abderrahim conseguía entender casi todo lo que escuchaba y hacerse comprender ayudado por los gestos. Su amistad con Raúl cada día se acrecentaba más. Todos los días quedaban en el parque para jugar y aquella tarde estaban construyendo castillos de arena con el agua que cogían de una fuente.

—Ya no podemos coger más agua, está mirando el jardinero —comentó Raúl.

—Nos queda por terminar la última almena. Tranquilo que yo lo arreglo —le contestó Abderrahim.

Comenzó a mear en un agujero y con un palo lo fue amasando hasta rematar el castillo.

—¡Jo, qué chulo nos ha quedado!

No había concluido la frase Raúl, cuando una niña de unos tres años pasó por encima de la construcción destruyendo la torre más alta y parte de las murallas.

—¡Y una mierda! ¡Esta niña es tonta! Se va a enterar —Abderrahim se levantó con furia y agarró a la niña del vestido.

—Eh, déjala que está su madre. Además es una chica —le contuvo Raúl.

—Por eso mismo, porque es una niña —respondió Abderrahim.

—¿Y qué? Los chicos somos iguales que las chicas.

—En Marruecos, no. ¿Cómo va a ser igual mi hermana que yo? Cuando se casan las personas, lo primero que quieren tener es un hijo. Y si tienen una hija, no paran hasta conseguir el niño. Las mujeres comen después que los hombres. Si tenemos invitados que no son de la familia, todas se quedan en la cocina hasta que se van. Mi abuelo habla con mi padre de las cosas importantes, de las tierras, del dinero, pero con mis tías jamás. Cuando los amigos de mi padre vienen a casa, mi madre siempre se queda en la cocina.

—Si oyera mi madre esto. ¡Con el genio que tiene!

—Mira, ¿ves esa mujer embarazada? Por cierto, ¿aquí no revientan?

—¿Qué?

—No, nada. Si esa señora tiene un hijo, toda

la familia se alegrará más. No ves que los hijos trabajamos y traemos dinero a la casa.

—Aquí también trabajan las mujeres.

—¡Qué raros sois! En Marruecos, cuando nace un niño, las mujeres gritan siete veces los *yu-yus* y si es una niña, solamente cinco.

—¿Qué son los *yu-yus*?

—Son unos gritos que dan las mujeres con la boca medio cerrada y sacando la lengua en cualquier ocasión de alegría para la familia. Además matan una vaca cuando es niño y una gallina cuando es niña.

—Yo no entiendo todavía lo que es eso pero he oído hablar a mis hermanos y a mí me parece que eso es machismo.

—¿Machismo?

—Sí, que solamente el hombre es importante.

—¡Pues claro! Esa señora tiene un niño dentro de la barriga, ¿cómo se lo sacan? En mi pueblo decían los mayores que venía una cigüeña, se lo cogía de la tripa y lo dejaba en la casa de la mujer. Pero como ya no vienen las cigüeñas... Hasta Buhali se fue con ellas. Además yo creo que lo de la cigüeña es mentira porque yo estuve en casa de mi tía Hafida cuando nació mi primo Karem y no vi ninguna cigüeña.

—¿Quién es Buhali?

—Era un loco del pueblo de mi abuela. Algún día te contaré la historia.

—Aquí las llevan al hospital "Doce de Octubre" y allí paren. Las aprietan en la tripa hasta que sale el niño.

—¿Por dónde sale?

—¿Eres tonto o qué? Pues, por el culo.

-¡Ah...!

—¡Raúl, sube a merendar! —la mamá le llamó desde la ventana del piso.

—Sube conmigo —le invitó Raúl

—Me da vergüenza.

—¿Por qué? ¿No somos amigos?

Subieron a la casa, se lavaron las manos y entraron a la cocina.

—¡Hola! ¿Quieres merendar tú también? — le preguntó la madre a Abderrahim?

—No, gracias. Mi papá me ha dicho que no

coma nada en otras casas.

—¿Por qué?

—Porque nosotros no podemos comer cerdo.

—Ah, es verdad. Mi marido tampoco come porque tiene alto el colesterol, mucha grasa en la sangre. No te preocupes, te preparo un bocadillo de queso. Eso sí lo puedes comer ¿verdad?.

—Eso sí.

Mientras los dos niños se comían los bocadillos, la madre los observaba en silencio. ¡Qué distintos y qué bien se llevaban! Raúl con el pelo largo y rubio, blanco como la leche y una cuantas pecas alrededor de la nariz y Abde-rrahim, moreno como si hubiese tomado el sol en la playa y con el pelo ensortijado, un poco más bajito y más delgado, ojos negros como el acebache.

—Mamá, ¿qué es el machismo? —preguntó Raúl

Abderrahim se puso colorado y dio una patada en la espinilla a su amigo por debajo de la mesa.

—Pues..., cuando los hombres creen que son más que las mujeres.

—Es que Abderrahim dice que...

—Pero dice mi papá que en mi país —le cortó Abderrahim para arreglar la situación— también están cambiando las cosas. Un día un primo de mi abuela de Beni Guerir nos contó un cuento sobre las mujeres, sobre si eran listas o tontas. El Sultán se había casado con una mujer muy lista.

—¿Qué es un Sultán?

—El que más manda.

—¿Como el rey?

—Digo yo. Pues esta mujer le daba consejos en todos los asuntos del país. Un día llegaron dos *yiblis*, dos campesinos. Uno tenía una yegua y otro una borrica que habían tenido un potrito y un borriquito el mismo día. Cuando fueron a verlas, encontraron debajo de la burra al potro y debajo de la yegua al pollino. Fueron al Sultán y éste les dijo que a cada uno de ellos les correspondía el animal que estaba debajo de su animal. Se enteró la mujer y mandó llamar a los dos *yiblis* que estaban enfadados y confusos y les dijo: Id al Sultán y decidle que tenáis un campo de cebada en la costa del mar y que salieron los peces y se lo comieron. Cuando él os diga que desde cuándo los peces comen cebada, le respondéis que desde la misma hora en que las burras paren potros y las yeguas borriquitos. Se lo contaron al Sultán y éste se dio cuenta que era su mujer quien se lo había dicho. Por

meterse en sus asuntos y porque no quería que fuese tan inteligente como él, le dijo que se fuera del palacio y que le pidiera lo que más quisiera de él. Y ella, que era muy, pero que muy lista, y que lo que más quería era al propio Sultán, le dio una droga por la noche y se lo llevó dormido.

—¿Esto es verdad?

—No, hombre, es un cuento nada más.

—En esto de las mujeres y de los hombres, unos países van más adelantados que otros pero seguro que vosotros tenéis muchas cosas mejores que las nuestras —le dijo la mamá a Abderrahim.

Acabaron la merienda y pasaron al cuarto de Raúl. Abderrahim observó la habitación y vio un ordenador, una estantería con muchos libros, dos camas por lo que dedujo que dormiría con alguno de sus hermanos, una caja con muchos juguetes, dos balones... ¡Cuándo podría tener él tantas cosas! La verdad, pensó, es que no sabía qué se podía hacer con todo.

—Mira, tengo un rompecabezas sin acabar. Vamos a terminarlo. Es de 500 piezas y me está dando una lata... —le sugirió Raúl.

-Vale.

Discutían sobre cuál era la pieza idónea, cuando Abderrahim le confesó a su amigo:

—¿Sabes por qué te he hablado de la señora embarazada? Yo creo que mi madre también lo está. Día a día le va creciendo la tripa y eso no es normal.

—Sois dos hermanos ¿no? Uno más no pasa nada.

—No, si no es por eso. Si es un chico, todas las atenciones serán para él y si es una chica... bueno, ¡qué más da!

—Ya te acostumbrarás. ¿Cómo celebráis las fiestas del nacimiento y del bautizo en tu pueblo?

—Bueno, en mi casa no lo he visto porque soy el pequeño pero ya te he dicho que estuve en el nacimiento de uno de mis primos y normal, era normal.

—Claro, para ti es normal pero seguro que no son como aquí.

—Es verdad. Mi madre nos llevó a Radia y a mí al pueblo donde vive mi tía porque decía que íbamos a tener más familia. Llegamos y estaba toda la casa llena de gente. En un momento las mujeres se metieron en la habitación, los hombres se salieron a la calle y los niños nos quedamos

remoloneando junto a la lumbre. Vino una mujer vieja que era la partera, la que ayudaba a las mujeres a parir. Es que en el campo no tenemos hospitales. No oíamos al niño y llamaron a los *tolba*.

—¿A los qué?

—A los estudiantes de religión para que pidieran a *Al-lah* que fuese todo más fácil. Cuando oí unos gritos como los de un gatito pequeño, me acerqué al quicio de la puerta y vi que la partera tenía entre sus manos una cosa diminuta, renegrida y fea a la que sin lavar la estaba rodeando todo su cuerpo con unas fajas.

—¿Para qué?

—Anda, ¿y yo qué sé? Una de las mujeres salió a la puerta de la casa y dio siete *yu-yus*. Mira, me dije, ya tengo otro primo. Ya sabía que nos tendríamos que quedar en el pueblo de mi tía ocho días por lo menos.

—¿Por qué?

—Porque la fiesta del bautizo se celebra a los siete días y se llama *sebaa* que significa siete, claro.

—Aquí —le interrumpió Raúl—, en los bautizos, se lleva al niño o a la niña a la iglesia y el cura les echa agua por la cabeza y les dice que se van a llamar José, María, Antonio o como quieran. Luego nos vamos a un restaurante a comer toda la familia.

—Y allí también comemos. Por la mañana cogieron a mi primo Karem y lo metieron en un barreño con agua caliente en el que había un huevo, una moneda de plata y un anillo de oro y lo lavaron por primera vez desde que nació. ¡Qué suerte bañarse cada siete días! No me preguntes que no sé para qué lo ponen. Será por cosa de suerte o así. Lo lavaron, lo secaron y le pintaron las manos y los pies con *henna*, ese polvo rojizo que lo debe curar todo. Nos salimos al corral y mi abuelo que era el más viejo de la familia, cogió un cuchillo muy largo y degolló una vaca mirando a La Meca que es nuestra ciudad santa, diciendo: "*Alhamdo Lillahi, rab ilaalamin, arrahman irrahim, malek yaum iddin, eyaka naa-budu...*" —Abderrahim lo decía todo seguido y muy deprisa.

—Buf... ¿qué es eso? ¿Te lo sabes de memoria?

—Pues claro, buenos cañazos me costó aprenderlo. Son rezos en árabe. Y luego dijo: Este niño se llamará Abdelkarem. Y comimos y ya está.

Abderrahim miró por la ventana y se dio

cuenta que había anochecido.

—¡Madre mía! ¡Hoy mi padre me mata!

—Te acompaño yo y le digo dónde hemos estado, ¿vale mamá? —le propuso Raúl.

—Bueno —dijo la madre.

Ya en la calle y hasta que llegaron al portal de Abderrahim, éste tocaba el timbre de una casa y Raúl el de otra sin contestar a las voces del telefonillo. Pasaron delante de los contenedores de basura y Abderrahim se dirigió hacia el amarillo. Vio un coche rojo al que le faltaba la tapa de las pilas.

—¿Esto no es de nadie?

—No —contestó Raúl—. Lo han tirado.

—No entiendo cómo tiráis en España cosas tan nuevas. Si lo cogieran mis primos... Yo me lo llevo.

Dio una patada a una piedra, corrió tras ella y le hizo una propuesta a su amigo.

—Te hago una apuesta. Vamos a ver quién da primero desde aquí a esa farola.

—Jo, macho, si nos ven, nos ponen una multa.

—Pero si no hay nadie.

Abderrahim lanzó la primera y pasó a cinco dedos de la bombilla.

—¡Uy, casi la doy! ¡Tira tú!

Raúl estaba poco convencido pero por no ser menos valiente que su amigo, se agachó, apuntó y la piedra pasó lejos de la farola.

—¡Vaya puntería! Fíjate.

Cogió de nuevo la piedra, guiñó el ojo derecho y cuando iba a soltar la mano, se abrió un portal del que salió un vecino.

—Eh, ¿qué hacéis?

Salieron disparados hacia el portal de Abderrahim. Les abrió la puerta la madre echándose las manos a la cabeza.

—Está bueno tu padre. Prepárate.

Abderrahim miró a Raúl con sonrisa de miedo y se encogió de hombros. Raúl observó la luz que salía por el quicio de la puerta del salón y vio al padre arrodillado sobre una alfombra pequeña con las manos en la cara.

—Jo, tu padre está llorando —casi le susurró a Abderrahim.

—¡Que no, que está rezando!

Raúl no entendía eso de rezar así en las casas. El padre salió del salón con cara de pocos amigos pero al ver a Raúl se le suavizó el gesto.

—¡Que sea la última vez que llegas a casa a

estas horas!

—Perdone, señor Mohamed, la culpa es mía. Hemos estado en mi casa jugando y no nos hemos dado cuenta del tiempo —le dijo Raúl mirando al mismo tiempo de reojo a la madre y comprobando que efectivamente estaba embarazada.

—Pero, con lo cerca que vivimos, podríais haber avisado.

—*Baba*, llevas razón, no volverá a pasar — le aseguró Abderrahim.

Raúl se despidió y su amigo lo acompañó hasta la puerta. Mientras esperaban el ascensor, Raúl le dijo en voz baja a Abderrahim:

—¿Qué forma de rezar tan rara! ¿Tú también rezas?

—¿Yo? ¡No! ¿Y tú?

—Yo tampoco, además no he hecho todavía la primera comunión.

—¿Qué es eso?

—Ni yo mismo lo sé con seguridad. Dicen que nos comemos a Dios y que para eso tenemos que estar limpios de pecado. Por eso nos confesamos.

—*Al-lah u Akbar*, vosotros estáis más locos que nosotros. ¿Cómo te vas a comer a Dios con lo grande que debe ser? Y lo de confesar ¿qué es?

—Pues que vamos al cura y le decimos todo lo que hemos hecho mal y luego nos perdona.

—Pero, ¿cómo voy a contar yo a nadie todo lo que hago mal al día? ¡Para que me peguen! Nosotros lo hacemos más fácil, rezamos cinco veces al día en la mezquita o donde sea y ya está.

—¿Así es vuestra religión? ¡Qué fácil!

—Bueno, tenemos otras cuatro normas. La más importante es creer que solo hay un Dios y luego dar limosna a los pobres, hacer el ayuno en el mes de Ramadán e ir a La Meca, nuestra ciudad sagrada, una vez en la vida, si se puede. Lo demás es cosa de nosotros y *Al-lah*.

Ya dentro del ascensor, Raúl le dijo a Abderrahim:

—¿Ramadán? Ya me lo explicarás otro día. De todas formas, esto de la religión es mucho lío para nosotros. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Raúl —se despidió Abderrahim

Una vez en la cama, Abderrahim daba vueltas y vueltas sin conseguir dormirse. Era el peor momento del día. Todo iba demasiado deprisa para comprender este nuevo sistema de vida tan lleno de

novedades y confusiones. ¡Con lo fácil que había sido su vida en el pueblo! Pensó en sus amigos Hamid "Bocarota" y Mohamed, el de los pies torcidos. ¡Cómo os hecho de menos! A vosotros, al pueblo, a la gente, hasta a los palos de los maestros y del *fkih*. Es que aquí hay menos cielo, menos campo, menos animales. Bueno, hay pero están tan lejos... Si vais por las calles ves a mucha gente que siempre va deprisa y sobre todo coches, muchos coches, que en cualquier momento te pueden atrepellar. No huele a moñiga de vaca ni de burro o caballo, huele como si se estuviese quemando algo continuamente. Los árboles son árboles pero con otros colores. Mi madre nos echa la leche de un cartón y tiene un sabor raro. ¡Cómo me acuerdo del olor de la leche calentita y espumosa de la vaca de mi abuelo! No se oyen los balidos de las ovejas o las cabras porque no hay y sin embargo comemos cordero. ¿Dónde los tendrán? Yo no veo a ningún niño cuidando ovejas al borde de los caminos o carreteras como allí. Estamos en noviembre y todavía hay tomates. Si las frutas y hortalizas son del verano, ¿cómo consiguen cultivarlas? Os aseguro que no tienen el mismo sabor que las nuestras. ¿Y el frío? También es distinto, aquí hace mucho más. Menos mal que tenemos calefacción, unos aparatos que se calientan y que nos calientan y no sé lo que tienen dentro. Lo mejor es lo del agua, no tenemos que ir a buscarla con el borrico, sale de unos tubos. A veces echo de menos ir a buscarla porque mientras esperábamos nuestro turno, hablábamos, tirábamos piedras, nos reíamos de las muchachas, mirábamos al gorrión que bebía en el charco, nos subíamos al acebuche y tirábamos piedrecitas a los cántaros de las mujeres... Ah, y se comen a Dios. No os riáis, es verdad. Tengo un amigo que se llama Raúl con el que hago picias pero... Si le digo vamos a buscar lagartos, ¿os acordáis de la vieja Faina?, me dice que no hay, que los ha visto en la televisión o en los libros. La televisión es una caja eléctrica en la que ves muchas cosas y te habla la gente. Todos están pendientes de ella. En casa de Raúl, mi amigo, siempre está encendida. Visten muy bien y hay que ir con zapatillas todo el día. Me teníais que haber visto los primeros días hasta que me acostumbré, cómo tropezaba en todos los sitios. Mi padre me dice que esta vida es mejor pero yo aún no lo entiendo. Sé hablar español y ¿qué? Yo necesito hablar con mis estrellas que aquí son más pequetitas y más

vergonzosas, correr por la ladera de los montes, hacer pis, aquí se dice así, donde quiera, echar carreras subidos en los burros, tirar piedras a los pozos y oír el chapoteo, buscar los nidos de los pájaros y observar cómo nacen y crecen los pajaritos, cortar amapolas y apretarlas hasta convertirlas en sangre...

Abderrahim se dio media vuelta en la cama y vio la ventana del vecino por el cristal de la suya. Se durmió enseguida sin darse cuenta que necesitaba la libertad que proporciona la falta de progreso.

